

Jarnés y la alegría

Juan Marqués

Cuando la editorial zaragozana Guara publicó *El convidado de papel* en 1979, su prologuista, José-Carlos Mainer, afirmaba que aquella era, «si no me equivoco, la primera vez que una novela de este autor se reimprime en los últimos treinta años», es decir, desde la muerte de Benjamín Jarnés en 1949. Lo cierto es que, como única excepción, en 1961 Joaquín de Entrambasaguas había recogido *Locura y muerte de Nadie* en el séptimo de los gruesos volúmenes que compilaban algunas de «Las mejores novelas contemporáneas», pero Mainer no dejaba de ser exacto al subrayar lo importante, que era el sorprendente modo en que editoriales y público habían dejado a un lado a quien durante los quince años anteriores a la guerra civil había sido el novelista español más prestigioso y admirado de esa «joven literatura» que se constituyó en torno a José Ortega y Gasset.

Tengo observado, por otro lado, que entre los nuevos interesados en aquellos años y aquellos nombres (que puede que hayamos leído más páginas sobre la llamada Edad de Plata que escritas propiamente en la Edad de Plata) Jarnés es un autor que interesa más de lo que gusta, y su éxito en los años veinte y treinta es juzgado como uno de los más reveladores síntomas del agrado que por entonces produjo el exceso de literatura en la literatura, esto es, las piruetas retóricas y los artificios de una prosa que buscaba marcar distancias con la realidad, al menos en su forma de manifestarse, buscando su autonomía, su propia dimensión, su suficiencia.

Y la verdad, sin embargo, es que, como han señalado en los últimos años jarnesianos tan constantes y competentes como

Benjamín Jarnés: *Lo rojo y lo azul*. Salto de Página, Madrid, 2011.

Benjamín Jarnés: *Stefan Zweig, cumbre apagada*. Quálea, Santander, 2011.

Domingo Ródenas de Moya o Francisco M. Soguero, la de Jarnés es una escritura traviesa y curiosa que no sólo está al servicio de la vida, sino al de su propia vida, y que sus acrobacias estilísticas permiten entrever sin mucho esfuerzo un apasionado interés por lo no textual, al tiempo que contienen una buena cantidad de verdadera poesía. Mucho más que una torre de marfil, la obra de Jarnés es un disfraz, un rodeo, una gran perífrasis para acceder a lo esencial, a lo palpitante, pues lo que vive dentro de las obras literarias no puede estar reñido con lo literalmente vivo. Y en la citada *El convidado de papel*, de hecho, se reprochaba a Chateaubriand el ser «demasiado opaco, es demasiado escamoteador de claridad, como todo su siglo».

Si en aquella novela Jarnés recreaba la rutina represiva del seminario con rencor suave, casi amable, en su continuación, *Lo rojo y lo azul* (publicada también por Guara en 1980 y recuperada ahora por Salto de Página), se retrata con algo más de hostilidad el autoritarismo estéril del cuartel. En la segunda línea de esta novela su protagonista, Julio Aznar, queda definido como «tránsfuga de un taller sacerdotal» (p. 20), y su cambio del hábito por el uniforme hace evidente su carácter de alter ego de su autor, del mismo modo que Augusta, la ciudad por la que vaga, es trasunto transparente de Zaragoza (*El convidado de papel* arrancaba a esa hora en la que «en el magnífico ring del Ebro, la tarde y la noche comienzan a asestarse los primeros golpes»).

«De una excursión por la propia intimidad, ¿quién, que no sea necio, puede salir no odiándose?», se lee en *Lo rojo y lo azul* (pp. 65-66), y algo de mala conciencia o, mejor, cierta amargura, sí hay en ese díptico en el que Jarnés revivió su errática y confundida juventud. Con todo, un humor muy fino («la risa es un valor social», se lee en p. 24) y un erotismo ahora trasnochado y fatigoso que, por insistente, lastra buena parte de la narrativa anterior a la guerra del autor aragonés, quisieron convertir estas obras en objeto de placer y disfrute. En ellas se vierte también esa lírica de la que hablaba arriba, a veces cercana a la greguería (un periódico es un «guiñapo de tiempo»: p. 28), y aquí y allá el lector atento es premiado con auténticas perlas en forma de reflexión digresiva o de sentencia (mi favorita es aquella que acierta a entender que «lo más bello del mundo: las diferencias»: p. 161), antes de llegar a un

final emocionante sobre la suerte de quienes son incapaces de odiar (pp. 212-213). Y antes hemos acompañado a Julio en un paseo por Barcelona, cuya geografía urbana, en torno al Paseo de Gracia, se ve antropomorfizada de un modo sorprendentemente parecido al de la tan celebrada personificación de aquella ciudad que Max Aub ofreció once años más tarde en el tercer capítulo de *Campo cerrado*, hasta un punto que permite estar convencido de que el de Segorbe tuvo que escribir su párrafo inspirado por el del de Codo (p. 39).

Por otro lado, la editorial Quálea ha publicado la que va a quedar como la primera edición española de *Stefan Zweig, cumbre apagada*, inédita y arrinconada desde su aparición en México en 1942, pocos meses después del suicidio del escritor austriaco, y donde, según explica Ródenas en su introducción, «el propósito de Jarnés no es simplemente laudatorio. [...] El elogio convive y es atenuado con la discrepancia y lo que se admira en él no solapa lo que disgusta» (pp. 26-27). Lo cierto es que los reproches que Jarnés lanza a Zweig, como escritor y como ciudadano, son mucho más numerosos y sustanciales que las virtudes que encuentra en su vida y su obra, aunque, como también indica el editor, se diría que el aragonés utiliza la trayectoria de Zweig para juzgarse a sí mismo a través de «un penoso efecto especular» (p. 36), y, sobre todo, da la sensación de que Zweig acaba siendo más bien un pretexto para divagar sobre otros temas, literarios o no, que preocupaban más a su comentarista. Lo seguro, en todo caso, es que éste incurre en incoherencias importantes (al afejar el erotismo de los libros de Zweig, al tratarle de cobarde por su escasa implicación activa en la guerra contra el fascismo...), pero no a la hora de reafirmar su convencida apuesta por una literatura consagrada a la vida y, apoyándose en André Gide, volcada hacia la alegría (p. 150) y la celebración constante de lo esencial, pues, como ya había afirmado en un artículo que Ródenas incluyó en 2007 en *Elogio de la impureza*, «el genio parte siempre de la vida como el ingenio suele partir de la literatura» (p. 138) ©